



ENTRE LA RAZÓN Y LA PASIÓN. Algunas reflexiones acerca del espíritu del encuadre en el Psicoanálisis Relacional

Joan Coderch de Sans y Ángeles Codosero Medrano

SEP (IPA) / ACPP, Barcelona.

Cuando se concierne un tratamiento psicoanalítico el analista informa explícitamente al paciente acerca de un conjunto de normas y pautas por las que se han de regir sus relaciones desde el comienzo del proceso hasta su terminación. A este conjunto de disposiciones explícitas se le denomina encuadre externo, siendo el encuadre interno la particular e irreplicable configuración interpersonal que, con el paso del tiempo, adquirirán las relaciones paciente-analista. Tradicionalmente, los analistas han fijado el encuadre externo e intentado conducir el interno de acuerdo con la metapsicología freudiana basada en la teoría pulsional. La aparición del paradigma relacional en psicoanálisis, según el cual los seres humanos son fundamentalmente relacionales y sociales por su propia naturaleza biológica, ha dado lugar a otra perspectiva de los trastornos emocionales, y de la manera de ayudar a las personas que los sufren. Se hace imprescindible, por tanto, idear otra clase de encuadre para poder desplegar el proceso psicoanalítico desde la perspectiva del nuevo paradigma. En este trabajo no se ofrecen reglas y formas obligatorias para todos del encuadre, sino que se intenta describir sus matices y su estilo, lo que podemos denominar su espíritu, en un esfuerzo por concordar con la esencia y objetivos del psicoanálisis relacional.

Palabras clave: Encuadre, Psicoanálisis Relacional.

When a psychoanalytic treatment is concluded the analyst informs explicitly the patient about a set of standards and guidelines to govern their relations since the beginning of the treatment process to completion. This set of explicit provisions is called frame or setting, where inner frame being the particular and unique interpersonal configuration that, with the passage of time, acquire the patient-analyst relationship. Traditionally, analysts have set the outer frame and tried to lead the internal according to Freudian metapsychology based on drive theory. The emergence of the relational paradigm in psychoanalysis, according to which human beings are fundamentally relational and social by their very biological nature, has led to another perspective of emotional disorders, and how to help people who suffer. It is essential, therefore, to devise another type of frame to display the psychoanalytic process from the perspective of the new paradigm. In this work, no rules and compulsory forms of the frame are made explicit, but try to describe their nuances and shades, what we call spirit, in an effort to match the essence and goals of relational psychoanalysis.

Key Words: Setting, Frame, Relational Psychoanalysis.

English Title: BETWEEN REASON AND PASSION. Some thoughts about the spirit of the frame in the Relational Psychoanalysis

Cita bibliográfica / Reference citation:

Coderch de Sans, J. y Codosero Medrano, A. (2015). Entre la razón y la Pasión. Algunas reflexiones acerca del espíritu del encuadre en el Psicoanálisis Relacional. *Clínica e Investigación Relacional*, 9 (2): 358-393. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.org.es]

1. Introducción: Un trabajo de A. Ávila Espada

La idea de este trabajo surgió de la lectura del que publicó A. Ávila Espada (2001) en la revista *Intersubjetivo*, titulado *“Reglas, vectores y funciones del encuadre: Su papel generador del proceso analítico”*. Se trata de un excelente, completo y magistral trabajo en el que se examinan y detallan, en su generalidad desde la perspectiva del psicoanálisis tradicional, los parámetros, teorías y conceptos por los que ha de regirse el encuadre, tal como su título indica. Cabe advertir, sin embargo, que ya aparecen en el texto algunas expresiones y conceptos que van más allá de la teoría de la técnica clásica y que apuntan hacia algunos matices propios del psicoanálisis relacional que el autor ha desarrollado tan extensa como excelentemente con posterioridad y que ha culminado, por el momento, en el último de sus libros, *La Tradición Interpersonal en Psicoanálisis (2013)*.

Así, por ejemplo, cuando Ávila Espada nos habla de la función de sostenimiento con las siguientes palabras:

“Una atmósfera de seguridad, confortable, brindada por el analista que genera un vínculo, al servicio de la necesidad de regresión y dependencia del sujeto y en el que sin embargo la presencia de fallas del analista hace posible el crecimiento” (pág.37).

Lo mismo cuando este autor se pregunta:

“¿Podemos activar con nuestra actitud las funciones que derivan del encuadre y hacen posible el proceso analítico desde una interpretación flexible y consensuada de las reglas formales del encuadre, en la escena intersubjetiva particular que se da en cada análisis?”(p.39).

También vemos asomar una actitud relacional en Ávila Espada cuando se refiere al trabajo de M. Balint en el que este último advierte *“de la imposibilidad de aplicar la teoría psicoanalítica de una persona, a la situación bipersonal del contexto analítico”*. Y a continuación añade nuestro autor, creemos que con una visión de futuro:

“Estamos en la creencia de que esta reformulación atañe no sólo al estudio de la situación analítica, su proceso y su técnica, sino al conjunto de la teoría psicoanalítica que viene siendo revisada desde el horizonte que el estudio de lo intersubjetivo ofrece, a través del conocimiento de los procesos vinculares que fundan la intrasubjetividad” (p.39).

Creemos que bastan estos someros ejemplos para percatarnos que en el trabajo de Ávila Espada apunta ya, sin duda, la anticipación de lo que ahora entendemos por psicoanálisis relacional.

Sin embargo, quince años han pasado desde la publicación del trabajo que estamos comentando. Pensamos que el sólido armazón conceptual con que Ávila Espada construye su idea del encuadre continua siendo extraordinariamente útil, pero queda claro, para cualquiera que haya seguido sus publicaciones en el transcurso de este lapso de tiempo, que su forma de concebir el proceso psicoanalítico dista enormemente de ser la misma que en aquel entonces y creemos que esto, forzosamente, ha de verse reflejado en su idea del encuadre. Por otro lado, en este período de tiempo el pensamiento propio del psicoanálisis relacional y su difusión han avanzado a pasos agigantados. Esperamos, por tanto, que en líneas generales podrá sentirse de acuerdo con las reflexiones que sobre el encuadre en la clínica del psicoanálisis relacional nos disponemos a ofrecer.

2. Justificación del trabajo

Como algunos de los muchos autores que podríamos citar, los prestigiosos investigadores de las relaciones niño-padres, y creadores de la *teoría de la díada – interactiva*, B. Beebe y L. Lachmann afirman (2003) que ya ha quedado atrás la discusión centrada en la dicotomía “interpretación –relación”, y que el giro relacional en psicoanálisis representa una total transformación de esta disciplina tal como la concebíamos hace unas pocas décadas. Efectivamente, junto a una evolución que no puede negarse, se ha producido una auténtica revolución en el pensamiento psicoanalítico, en el sentido señalado por T. Khun (1962), que ha dado lugar a la aparición de un nuevo paradigma, el paradigma relacional, al que nosotros consideramos incompatible con el paradigma pulsional de Freud, sin que sea objeto de este trabajo el profundizar en las causas y motivos de esta incompatibilidad, cuestión ya tratada por nosotros en anteriores publicaciones¹. Por tanto, coincidimos en la afirmación de Beebe y Lachmann y con su idea de la necesidad de una total revisión de los conceptos, teoría, metodología, etc., de lo que se ha denominado la “corriente principal del psicoanálisis”.

Ahora bien, antes que nada queremos adelantar que, más allá de los extensos y numerosos argumentos que pueden darse para justificar el cambio en la teoría y la aplicación práctica del encuadre en el psicoanálisis relacional, frente al encuadre tradicional, existen seis razones fundamentales de las que cada una de ellas justifica totalmente, por sí misma, dicho cambio, sin necesidad de más y, por tanto, este trabajo. La primera de ellas parte de un hecho, indiscutible, el de que el encuadre tradicional se basa en la convicción de que el ser humano es básicamente pulsional, situación que se expresa en las pulsiones libidinal y de muerte, y que, por tanto, todo el encuadre debe obedecer a la necesidad de favorecer la expresión de tales pulsiones en la denominada *neurosis transferencial*, canalizarlas, impedir su capacidad destructiva y clarificar las fantasías inconscientes que acompañan a las mismas y que son la

causa de los conflictos intrapsíquicos. En contraposición, sabemos que el psicoanálisis relacional descansa en la concepción del ser humano como esencialmente emocional y social, cosa que, inevitablemente, obliga a la creación de otro tipo de encuadre para proceder al proceso psicoanalítico; encuadre dirigido a que la relación entre paciente y analista permita vivir plenamente las emociones que, en su momento, fueron inhibidas o transcurrieron por cauces negativos para el desarrollo de la mente del primero.

La segunda razón que justifica el cambio de encuadre, por sí sola, es la de que el encuadre tradicional está concebido para el estudio de la psicología de una persona, mientras que el psicoanálisis relacional se dirige al estudio de la psicología de dos personas, como ya cita en su trabajo Ávila Espada, con lo cual es ineludible la construcción de otro tipo de encuadre. Sin embargo, deseamos comentar un poco esta cuestión porque, en estos momentos, nuestra posición va más allá de conceptualizar el psicoanálisis relacional, simplemente, como la investigación de la psicología de dos personas, porque esto, dicho así, sin más, implicaría la existencia de dos psicologías individuales que se encuentran en el espacio analítico, y nosotros pensamos que debe matizarse un poco este concepto de “psicología individual”. Aunque en la vida cotidiana lo que se nos presenta como fenómenos observables son psicologías individuales, ahora sostenemos, a partir de los conocimientos aportados por las ciencias de la complejidad y la teoría de la no linealidad, que las características psicológicas y el comportamiento de cada persona son la expresión localizada en un sujeto del sistema o sistemas a los que pertenece (también podemos decir “contextos”, para emplear un término más común), por más que tal sujeto les haya dado un sesgo propio que da lugar a su intransferible individualidad. En un sentido estricto no existe la psicología individual porque no existe la mente aislada. Y con ello vamos a la tercera de las tres razones.

La tercera razón es la que concierne a que el encuadre tradicional fue ideado siguiendo los parámetros de la ciencia positivista lineal y de la perspectiva del mundo, de la mente y del comportamiento de los seres humanos de acuerdo con la perspectiva causa-efecto, actualmente superada por las ciencias de la complejidad, dado que éstas son incompatibles con las teorías que ignoran la influencia recíproca entre paciente y analista y, en el caso que nos ocupa, tales parámetros también son desmentidos por la aplicación al psicoanálisis de los sistemas dinámicos, intersubjetivos y no lineales (Stolorow R. 1997; Coderch J. 2014a). Es menester tener en cuenta que, en el momento actual, existe un amplio consenso en el mundo científico acerca de que todas las ciencias deben ser repensadas desde los conocimientos aportados por ciencias de la complejidad. Según sus postulados, en lo que se refiere a la mente y al comportamiento de los seres humanos interviene una cantidad de variables prácticamente incontable, motivo por el cual todo el proceso psicoanalítico, y el encuadre en primera línea, deben ser reconsiderados desde estas nuevas perspectivas. Pero

aún hemos de ir más allá, puesto que pensamos que la teoría de los sistemas dinámicos, no es tan sólo una teoría, sino una sensibilidad global y una forma de estar en el mundo.

La cuarta de las razones tiene que ver con los objetivos del psicoanálisis como terapéutica. El encuadre tradicional va dirigido a crear las condiciones para la reactivación de los conflictos intrapsíquicos (siempre persistentemente concebidos como conflictos de raíz edípica) en la transferencia y su disolución a través de las interpretaciones del analista. Pero para nosotros, que rechazamos, tal como ha hecho la antropología, la idea la universalidad del Complejo de Edipo, el objetivo del psicoanálisis no tiene como meta el descubrimiento de lo oculto para hacerlo consciente, sino el de ayudar al paciente a reconfigurar su mundo emocional a través de la interacción y de la nueva experiencia vivida con el analista. En palabras de S. Mitchell (1993):

“Lo que el paciente necesita no es tanto una clarificación o insight, sino una sostenida experiencia de ser comprendido, personalmente comprometido y básicamente, ser cuidado y valorado”(p.25).

De manera muy similar describe T. Ogden el objetivo del psicoanálisis (1992):

“Yo veo el proceso psicoanalítico como uno en el que el analizando es creado a través de un proceso intersubjetivo...El análisis no es, simplemente, un método de descubrir lo escondido; es, de manera más importante, un proceso para crear un sujeto psicoanalítico que no existía previamente”(p.619).

Más recientemente, ya en la etapa de lo que podemos considerar psicoanálisis plenamente contemporáneo, F. Summers (2013; 2015) expresa que el objetivo del psicoanálisis es lograr que el paciente se trascienda a sí mismo, que surja un paciente que antes no *era*, que se sienta impulsado y capaz de crear algo nuevo en él que antes no existía porque, frente al proyecto terapéutico, nos ha de importar tanto lo que el paciente es como lo que el paciente *no es*. Palabras y finalidades éstas con las que nosotros nos sentimos plenamente identificados. Más adelante volveremos a hablar de ellas.

Los ejemplos en el sentido que estamos comentando podrían multiplicarse. Pensamos que con lo expuesto queda evidente que los objetivos del psicoanálisis relacional son radicalmente distintos de los propios del psicoanálisis tradicional y, consecuentemente, también lo ha de ser la configuración de la relación paciente- terapeuta que ha de llevar adelante este proceso.

La quinta de estas razones que justifican este trabajo por si solas es la de que no concebimos que el cambio que puede producirse en la mente del paciente en el curso del proceso psicoanalítico proceda de la acción de alguien, el analista, desde el exterior del

paciente- punto de partida éste del diseño del encuadre tradicional- si no que, desde el paradigma relacional, pensamos que el cambio tiene lugar a través de la regulación mutuas de los afectos en virtud del *feed-back* interno provocado por la *recursividad* o *recurrencia*, vigente en todos los sistemas según no ha enseñado la teoría general de los sistemas y, por tanto, también en el suprasistema formado por los dos sistemas paciente- analista, es decir, que es la misma díada el propio agente del cambio (Coburn, W., 2014;Coderch, J., 2015).

Y la sexta y última de estas razones se fundamenta en el hecho de que lo mismo que la aparición del psicoanálisis relacional se puede explicar a través de los avances aportados por la propia experiencia clínica y por las disciplinas afines, tales como la neurociencia, la antropología, la observación de bebés, la lingüística, etc. los pacientes tampoco son los mismo que los de la época de Freud, debido a los cambios en la sociedad y la cultura. En esta época de la postmodernidad, la democracia, la exigencia de pronto resultados, la pérdida de valores seguros y el individualismo contumaz nos encontramos con pacientes más críticos, menos proclives a someterse a la autoridad del analista y más reacios a plegarse a tratamientos que exigen un esfuerzo de tiempo, perseverancia y espera, poco compatible con la agitación de la vida actual y con la demanda de gratificación inmediata que predomina en nuestra cultura. Otra cultura y otros pacientes exigen otro encuadre.

3. Reflexiones acerca del término “encuadre” desde la perspectiva del “giro lingüístico”.

Durante muchos años, en los escritos de los psicoanalistas de lengua castellana no se solía utilizar el término “encuadre” para señalar el establecimiento de las formas de relación paciente-analista, sino el vocablo inglés *setting*. Así, por ejemplo, Joan lo empleó en su libro *Teoría y Técnica de la Psicoterapia Psicoanalítica* (1987), sin que nadie se extrañara de ello. Progresivamente, sin embargo, este término fue siendo substituido por el castellano de “encuadre”, el cual aparece ya, plenamente establecido, por ejemplo, en el libro *Psicopatología Psicoanalítica Relacional* (2014) de Carlos Rodríguez Sutil. Nos parece adecuado, por tanto, seguir esta costumbre generalizada y nada más lejos de nuestra intención que la de sugerir la creación de otro nombre o el de retornar al término inglés. Sin embargo, también creemos pertinente ofrecer algunas reflexiones sobre este punto, porque desde el “giro lingüístico”, surgido en las últimas décadas del pasado siglo, sabemos que, aunque siempre se había dicho “las palabras no hacen la cosa”, hasta cierto punto las palabras sí que “hacen” aquello que denominan. Las palabras crean las cosas cuando recogen y agrupan bajo un mismo símbolo, fonético o escrito, diversos y dispersos aspectos de la realidad sensible o mental. Y aún hemos de tener en cuenta, además, que en muchas ocasiones las palabras poseen connotaciones que arrinconan la denotación original (Coderch,

J. 2006).

Pensamos que en el sentir de muchos está la idea de que el término encuadre se utiliza como el equivalente del inglés *setting*- y Rodríguez Sutil parece inclinarse en este sentido- dando por supuesto que con los dos se significa lo mismo, aunque, como es natural, no tenemos ninguna prueba irrefutable de lo que acabamos de decir acerca del sentir de los otros, tal vez sea, únicamente, nuestra impresión. Nosotros no somos lingüistas ni licenciados en filología inglesa y, por tanto, no entramos en discusión de si es o no real esta equivalencia, pero queremos señalar que en el *Gran Diccionario Oxford Inglés-Español, Español-Inglés*, por *setting* se entiende: “posición”, “marco”, “entorno”, “engaste”, “montura”; como término musical: “arreglo”, “versión”, “composición.” No aparece el término encuadre. Pero sea como sea, aunque nos ajustaremos al término encuadre para seguir la corriente, tenemos serias dudas de que sea un vocablo que, si se nos permite un juego de palabras, “cuadre” con el espíritu del psicoanálisis relacional. Nos parecerían excelentes *posición* y *entorno*. Ambos son términos que permiten amplias formas de ser comprendidos y aplicados de acuerdo con las características peculiares de cada día analítica, y no creemos que vaya en ellos ningún sentido, ni explícito ni implícito, de reglas, normas o algo fijo a lo que haya que atenerse. En nuestra manera de sentir, ambos términos señalan, simplemente, una realidad, un hecho, el de que paciente y analista se encuentran en una posición determinada; hay un entorno que rodea este encuentro, como puede ser el deseo del paciente de pedir ayuda al analista. Tal vez el término *marco*, no tan flexible y moldeable como los dos anteriores, tenga algo que ver con una situación determinada e inamovible dentro de la que ha de desarrollarse el encuentro analista paciente. En cuanto a *engaste* y *montura*, creemos que poseen un sentido más parecido a “encuadre” en el sentido tradicional. El engaste mantiene a una piedra preciosa fija e inamovible siempre en la misma pieza de joyería.

Esperamos que, después de las disquisiciones que anteceden, el lector ya se habrá hecho una idea acerca de por qué nos desagrada el término encuadre, aunque admitimos que no es tan sólo la denotación estricta lo que provoca este disgusto, sino más bien la connotación que este término ha adquirido en la teoría psicoanalítica, entendido como un conjunto de normas siempre rígidas e invariables a las que han de someterse paciente y analista desde el principio hasta el final del proceso psicoanalítico. Es decir, pensamos que, tal vez, este vocablo, en sí mismo, facilita la connotación que se la ha dado en psicoanálisis. Decimos esto porque en el *Diccionario Ideológico de la Lengua Española* de Julio Casares (1975), no figura el término encuadre, pero sí *encuadrar*, cuyo primer significado es: *encerrar en un marco o cuadro*. Y este “encerrar” al paciente dentro de un marco o cuadro, es decir, de reglas y normas, o de lo que se trate, no creemos que sea lo más oportuno para que el paciente

pueda vivir, quizá por primera vez en su vida, una experiencia de tolerancia, aceptación, acompañamiento y libertad. No nos parece demasiado aventurado imaginar que, si desde buen principio, en lugar del término encuadre que lleva a pensar en una jaula mental en la que quedan encerrados y asfixiados paciente y analista, se hubiera empleado el término *trama interactiva* (Coderch, J., 2006) para señalar el continuo entrelazamiento de influencias mutuas entre los dos protagonistas en el curso del proceso psicoanalítico, las cosas habrían ido de otra manera y, tal vez, ni tan sólo haría falta escribir este trabajo, quizá para alivio del fatigado lector.

Sentadas estas opiniones personales, seguiremos con nuestras reflexiones en torno al encuadre y su aplicación clínica. No nos satisface nada, pero nada, el término pero ¡qué le vamos a hacer!

4. Consideraciones generales.

Deseamos, ante todo, señalar la necesidad, cuando hablamos del encuadre, de huir de la “cosificación”, tal como ha sucedido en psicoanálisis con conceptos tales como el “inconsciente”, el “ello”, el “yo”, el “superyo”, etc., o sea, conjuntos de funciones y procesos psíquicos, conscientes e inconscientes, que señaló Freud y a los que el tiempo y la pereza intelectual han convertido, en el lenguaje psicoanalítico, en cosas que están dentro de la mente. El encuadre, tal como nosotros empleamos el concepto y el término que lo designa, no es una entidad, sino que es un proceso, la manera viva y cambiante a través de la que paciente y analista se relacionan e interaccionan entre sí. En todo caso, puede decirse que el encuadre viene representado por el campo intersubjetivo, siempre dinámico e inesperado, que se forma por el encuentro de las dos subjetividades.

Dado que es innegable que una gran parte de la comunidad psicoanalítica continúa confiando en el paradigma pulsión-defensa, consideramos como lo más acertado partir de la existencia de dos psicoanálisis, el psicoanálisis freudiano (con todas sus diversas orientaciones y escuelas) y el psicoanálisis relacional, fundado este último en el paradigma relacional que nosotros hemos desarrollado en las publicaciones ya mencionadas en nota a pie de página. Por tanto, juzgamos que es de todo punto necesario revisar la filosofía y el espíritu que han de presidir la construcción del encuadre en la práctica clínica del psicoanálisis relacional.

Y, desde la perspectiva que acabamos de enunciar, nos encontramos con sorpresa que, entre el alud de trabajos adscritos al paradigma relacional, en los cuales se abren nuevos horizontes en lo teórico, lo metodológico, lo experimental, lo clínico y lo social, destaca lo

poco que se ha hablado del encuadre desde este nuevo paradigma. Parece como si, simplemente, se diera por supuesto que no ha de ser el rígido e inmutable encuadre del psicoanálisis clásico, sin necesidad de más comentarios. Es posible que ésta sea, ciertamente, la razón de la falta de publicaciones sobre este tema, sin que pensemos que no hay otras.

El encuadre propio de la corriente principal del psicoanálisis constituye una situación sólidamente predeterminada por reglas intocables, debido a la extrema coherencia de estas últimas con la teoría pulsión /defensa que las sustenta, totalmente contraria a los propósitos del psicoanálisis relacional. Ello, tal vez ha suscitado en el ánimo de los relacionales la impresión de que el encuadre es algo de lo que no hace falta ocuparse y que, sencillamente, se supone que debe de integrarse de lleno en el espíritu flexible, anti jerárquico y democrático propio del psicoanálisis relacional. Puede haber influido también, en esta escasez de trabajos dedicados al tema del encuadre desde el psicoanálisis relacional, el hecho de que en la práctica clínica de este último el analista se responsabiliza totalmente de su tarea de manera personal, antes que limitarse a cumplir con unas reglas y normas que le han sido enseñadas y que le ahorrarían, en muchos momentos, la ansiedad de tener que decidir por sí mismo.

Nada más lejos de nuestra intención que el proponer algún tipo de pautas o esquemas del encuadre psicoanalítico válidas para todos los pacientes y todos los analistas. Tampoco nos hemos planteado llevar a cabo un rastreo de la posible literatura existente sobre este tema. El propósito de este trabajo, mucho más limitado, es el de ofrecer alguna muestra de nuestras reflexiones acerca del encuadre concebido dentro del espíritu del psicoanálisis relacional, por si pueden ser de alguna utilidad para el lector, aunque sólo sea para contradecirlas y afianzarse en los propios argumentos. Y la idea que nos ha guiado en tal designio es la del espíritu que pensamos preside, por definición, el proceso terapéutico en el psicoanálisis relacional. Salta a la vista que, como en cualquier otra actividad profesional, no es posible decir a un paciente que puede presentarse y llamar a la puerta del consultorio cuando le parezca y a cualquier hora del día o de la noche. Dando esto por supuesto, que cada uno piense por su cuenta y asuma el riesgo.

Unas palabras en torno a la regresión en el encuadre. Exceptuando algunos analistas de mentalidad más libre de lo habitual, como, por ejemplo, J. Sandler y A.M. Sandler (1994), ha sido arraigada costumbre entre los analistas la de juzgar necesaria la *regresión* del paciente para llevar a cabo el proceso psicoanalítico, entendiéndose con tal término una reversión a un nivel de funcionamiento psíquico característico y propio de un estadio más temprano del desarrollo mental del sujeto, y se ha considerado que favorecer esta regresión, para que ella porque la aparición de la llamada *neurosis de transferencia*, es una de las más importantes funciones del encuadre. Nosotros, por el contrario, partiendo de la idea de la naturaleza

esencialmente social y relacional del ser humano, pensamos que el encuadre debe estimular y favorecer la *progresión* del funcionamiento psíquico del paciente, que es el motivo en el que se apoya su demanda de ayuda, no la *regresión*. El sujeto, en cuanto a paciente, ya viene “regresado”, es decir con algunas dimensiones de su mente inmaduras, inhibidas, patológica mente disociadas, etc. ¿A qué viene, pues, infantilizarlo más y hacerlo dependiente del analista? Una dependencia de la que todos los analistas con muchos años de experiencia clínica, propia y ajena, hemos visto ejemplos extremos. Desde esta perspectiva, nos sentimos totalmente conformes con la afirmación de H. Loewald (1960, 1979), para el cual los buenos analistas, al igual que hacen los buenos padres con su hijo, ven siempre al paciente en una etapa más avanzada de la que se encuentra en la realidad. En este sentido, nuestra opinión es la de que cuando el paciente se ve a sí mismo situado en la mente del analista en la zona próxima superior a la que realmente se halla, se identifica con la imagen que a tal situación corresponde, de la misma manera que un niño de corta edad se suelta un día del mueble al que estaba agarrado y comienza a andar cuando se ve a sí mismo andando en la mente de su madre.

5. El encuadre estimula, favorece y configura diferentes dimensiones del proceso psicoanalítico.

5.1. Un encuadre que da cabida a los múltiples selves del paciente.

No creemos que ya desde el paradigma relacional sea cuestión de discutir que todo ser humano tiene no un solo *self* sino múltiples *selves* de acuerdo con los diversos contextos por los que ha transcurrido y discurre su vida (Mitchell, S., 1993). La persona acude al consultorio del analista, una situación nueva y desconocida para ella con todos sus *selves* en potencia. Según la actitud del analista en las primeras visitas es posible que se conserve este estado de potencia o que se produzca cierta inhibición del mismo. Poco después, el momento de fijar el encuadre es fundamental. El ya paciente analítico siente que se le sitúa en una determinada posición en la relación con el analista, y esta posición determinará, para bien o para mal, el curso del análisis. Nosotros afirmamos que el espíritu del encuadre que procede en el psicoanálisis relacional es aquel que transmite al paciente un sentirse en la posición de alguien cuyas demandas en lo que concierne a las pautas y formalidades, en lo externo y en lo interpersonal, que han de regir el curso del tratamiento son escuchadas y consideradas, de alguien con quien se hablará de igual a igual y de alguien al que se juzgará capaz de reflexionar con discernimiento acerca de las actitudes y palabras del analista. A través de este sentimiento el paciente podrá desplegar sus distintos *selves*, todas sus formas

de ser y sus recursos y capacidades para crecer mentalmente. Todo lo que no sea esto no se hallará acorde con el espíritu que ha de imperar en el psicoanálisis relacional, y el paciente se sentirá constreñido a mostrar sólo aspectos fragmentados de sus *selves*.

5. 2. Encuadre interno y encuadre externo.

Generalmente, cuando se habla de encuadre la atención se dirige más al encuadre externo, que es el aparentemente más “objetivo”, formado por un conjunto de normas explicitadas que establecen un escenario espacial y temporal dentro del que transcurrirá el proceso psicoanalítico. En el interior de este encuadre externo se va desplegando, progresivamente, el encuadre interno, la relación intensa pero inefable que van construyendo, se lo propongan intencionalmente o no, analista y paciente, pero de ninguna manera pensamos que uno y otro encuadre sean independientes entre sí, antes al contrario. La larga experiencia en supervisiones de uno de nosotros y el estudio de trabajos clínicos muestran, sin duda, que cuando el encuadre externo se sustenta en normas impersonales, rígidas e inflexibles, estas características tienden a transmitirse, si el talante del analista no lo impide, al encuadre interno, hasta el punto de que resulta difícil diferenciar entre uno y otro. Por ejemplo, podemos preguntarnos si el hecho, tan conocido, del psicoanalista que no responde nunca a las preguntas más que con una interpretación forma parte del encuadre externo o del interno, porque creemos que aunque el analista no lo haya explicitado como inserto en el conjunto de disposiciones que han de regir la mutua relación, no puede dudarse de que si el paciente percibe que, sistemáticamente, el analista responde a sus preguntas únicamente con interpretaciones, este paciente, obedeciendo a la tendencia innata a la búsqueda de coherencia y categorización propia de todo ser humano, como nos ha enseñado Kant, catalogará esta actitud del analista como inherente al conjunto de reglas que han de seguirse en su análisis aunque, naturalmente, él no se plantea, como nosotros, diferenciar entre el encuadre externo y el interno, ni distinguir lo que pertenece a cada uno de ellos. En estos casos, lo más habitual es que, en uno u otro momento, el paciente deja de preguntar, porque ha entendido que ello contradice el cuerpo de reglas que se le han impuesto, y creemos que esto podrían ser los primeros en atestiguarlo la mayoría de los analistas que suelen formular una interpretación como respuesta a las preguntas de sus pacientes.

Un buen ejemplo de esta diferenciación y, a la vez, de la misión rectora del curso del análisis propia del encuadre, tal como dirigen el curso del agua las riberas de un río, nos lo dan los autores del *Boston Change Process Study Group* (BCSG) cuando en su trabajo de 1989 nos hablan de los *momentos de encuentro*, porque lo que afirman es que, en estos momentos, paciente y analista se encuentran a nivel personal, *saliendo de sus roles en la*

transferencia y la contratransferencia, con lo cual queda claro que, para ellos, uno y otro saltan fuera del encuadre que les aprisionaba, al comportarse espontáneamente, con olvido del papel que les corresponde según las normas. Pero en el encuadre con el espíritu propio del psicoanálisis relacional no es preciso pensar que, en estos momentos de encuentro, paciente y analista brincan fuera de unas normas que por definición les afectan, porque tal encuadre es flexible y permite amplios movimientos emocionales, en un sentido y en otro, sin ruptura de barreras.

5.3. Las necesarias vinculaciones entre la teoría clínica y el encuadre.

Nos parece innegable que, ineludiblemente, cada escuela psicoanalítica y, particularmente, cada analista, estructura el encuadre que ofrece a sus pacientes de acuerdo con la teoría general de la mente y la teoría clínica sobre la que se sostienen tal escuela y tal analista en particular. La mente humana tiene una tendencia natural a buscar la coherencia y la categorización, como ya hemos subrayado, cosa que ya se aprecia, incluso, en la observación de niños de corta edad (Hobson, P., 2004). Y esta necesidad de hallar una coherencia en nuestras percepciones y en nuestra manera de organizar todas las situaciones en las que nos encontramos no puede menos que expresarse en la práctica clínica. Pensamos que el encuadre, como marco de trabajo que tradicionalmente ha ofrecido el analista al paciente, viene a ser como un anticipo de la manera en que va a transcurrir el tratamiento y, por tanto, no cabe duda de que este marco de trabajo ha de ajustarse a la teoría de la mente y a la teoría clínica con las que trabaja el analista, es decir, ha de guardar estrecha coherencia con ellas. Y, en este punto, cabe decir que el encuadre que se ha seguido en la corriente principal del psicoanálisis (freudiano estricto, anafreudiano, psicología del yo, escuela kleiniana, psicoanálisis francés, etc.) es perfectamente coherente con su teoría clínica. Pongamos por caso, si el centro de tal teoría clínica es el de que es preciso que el paciente reproduzca en su relación con el analista la figura de sus primeros objetos y las fantasías, pulsiones y emociones que vivió con ellos, dando lugar a la neurosis de transferencia, cosa a la que antes nos hemos referido, la necesidad de un encuadre riguroso con normas estrictas que esconden la personalidad del analista y favorecen su confusión del mismo con los primeros objetos, para estimular la producción transferencial en el sentido comentado, es perfectamente coherente. Así, por ejemplo, resultaría un desbarajuste intentar conducir un análisis de acuerdo con la teoría clínica propia de la psicología del yo, pongamos por caso, empleando el encuadre propio del psicoanálisis relacional

Otra cosa muy distinta puede ser el debate sobre si tal teoría clínica se mantiene o si está falsada por la propia clínica y la ciencia actual en su conjunto, y acerca de si las normas para

auspiciar esta reactivación de lo vivido con los primeros objetos por parte del paciente, en su trato con el analista, son realmente efectivas y si, verdaderamente, esconden la personalidad del analista o, por el contrario, la hacen más visible al destacarla, por contraste, con las normas más habituales en el trato humano. En realidad, nosotros pensamos que cuanto más se esfuerza el analista por esconder su personalidad, más se muestra su subjetividad en el propio esfuerzo, porque todo acto mental o físico de una persona siempre tiene lugar a través de su subjetividad, de la cual es imposible escapar, de la misma manera que nadie puede escapar de su ADN.

Creemos, por tanto, que lo más lógico y favorable para el transcurso del análisis es que el encuadre se ajuste en lo posible a los supuestos teóricos y prácticos del psicoanalista. Sucede que, a consecuencia de la gran difusión que actualmente experimenta el psicoanálisis relacional, en supervisiones, seminarios, presentaciones clínicas y debates entre psicoanalistas hemos observado una cierta confusión. Muchos, psicoanalistas y psicoterapeutas, formados en el psicoanálisis tradicional- actualmente la mayoría de ellos a partir de la mediana edad- se sienten atraídos por el tipo de encuadre más cercano al paciente, más democrático y más dialógico, propio de la práctica del psicoanálisis relacional, e intentan llevarlo a cabo con pacientes a los que, a la vez, tratan de ayudar sobre la base del paradigma clásico del conflicto intrapsíquico pulsión – defensa en torno al pretendidamente universal complejo de Edipo, todo lo cual da lugar a una marcada incoherencia en el conjunto y a una gran ambigüedad, tanto en el terapeuta como en el paciente. Desde el punto de vista de la enseñanza del psicoanálisis relacional y de su prestigio es importante atender y esclarecer en lo posible esta frecuente confusión, porque ella conduce y contribuye a una penosa vulgarización del psicoanálisis relacional, al que se transforma, con excesiva frecuencia desafortunadamente, en un “ser simpático y amable con el paciente”. Creemos que lo más beneficioso para el paciente es que esta simpatía y calidez del analista se den dentro de los supuestos generales del paradigma relacional.

5.4. El peso de la tradición en el encuadre y su carácter de rito iniciático.

Nuestra experiencia es la de que al reflexionar sobre el encuadre en el psicoanálisis, nos resulta imposible evitar que aparezca en nuestra mente un tropel de ideas sobre todo aquello que se ha dicho y escrito acerca del encuadre en el ámbito del psicoanálisis tradicional, así como lo que ambos hemos vivido personalmente en torno a esta realidad. Pero entre estas ideas no figura, porque de ello no se ha solido hablar, lo que significa emocionalmente para el paciente el entrar a formar parte de algo que difícilmente dejará de ser sentido por él como un mundo especial, un mundo aparte de la realidad, un mundo

misterioso y desconocido, el mundo de la leyenda psicoanalítica. Si el paciente posee, por su cultura, suficientes conocimientos acerca del psicoanálisis, y no digamos si es un profesional de la salud mental y, aún más, alguien que aspira a convertirse en un psicoanalista, el encuadre adquiere, sin duda, un carácter de rito iniciático. Tal vez el hecho de algo que todavía para la mayor parte de los analistas se considera imprescindible, el uso del diván, es lo que señala con más fuerza, por tratarse de un hecho físico, objetivo y que muchos suponen común para toda pareja paciente-analista, este carácter de rasgo iniciático. El tipo de relación que, dentro de la orientación clásica, impone el analista, con su silencio y la limitación de su lenguaje a la formulación de interpretaciones, también contribuye a esta sensación de puerta de entrada a un mundo reservado para pocos.

Hasta ahora, en los trabajos clínicos creemos que no se han tenido suficientemente en cuenta las respuestas emocionales que provoca en el paciente, desde el primer momento, el hecho de verse forzado, si quiere ser ayudado, a aceptar lo que llamamos el encuadre de tipo clásico. Es decir, unas formas de relación, en lo material y en lo interpersonal, muy artificialmente construidas, por las que habrá de regirse durante larguísimo tiempo, durante los espacios analíticos. Una situación extraña e insólita en las maneras de trato humano forzosamente ha de dar lugar a respuestas adaptativas extrañas- nosotros les denominamos “artefactos yatrógenos”- y, por tanto, a un comportamiento distinto al habitual del paciente en su vida cotidiana y en sus relaciones interpersonales, de manera que podemos decir que cuando se emplea este tipo de encuadre el analista no llega a enterarse de *cómo es* verdaderamente el paciente en su realidad cotidiana. Nos parece tan fuera de lugar como si un cardiólogo, en su tarea de explorar el corazón de un individuo, sólo lo examinara durante una “prueba de esfuerzo, dejando de interesarse por el habitual estado del sujeto en su vida acostumbrada.

Pero, de todas maneras, queremos señalar algo que es común al encuadre clásico y al relacional: el hecho de formar parte de una tradición. Creemos que, posiblemente, la mayor parte de parejas analíticas no reflexionan conscientemente acerca de que, por el hecho de iniciar un tratamiento psicoanalítico y de establecer un encuadre que viene a ser la señal distintiva de la realidad de este inicio, son los continuadores de- o, mejor todavía, personalizan en ellos mismos- una larga tradición que comenzó con los primeros análisis llevados a cabo por Freud y que ha seguido manteniéndose durante generaciones de analistas, debido a lo cual suele aparecer en paciente y analista un fuerte temor reverencial frente a la posibilidad de conculcar normas y traspasar límites ante algo tan sagrado. Confirma nuestras palabras el hecho de que una de las cosas en las que más se insiste, en los institutos de formación psicoanalítica, a los jóvenes analistas cuando comienzan a llevar a cabo sus primeros tratamientos psicoanalíticos bajo supervisión, versa sobre la necesidad de

“mantener” el encuadre a toda costa.

No podemos tener un conocimiento directo de lo que sienten otros analistas a este respecto más que a través de supervisiones, pero sí que hay algunos indicios generales de ello. El más relevante nos parece ser el sacrosanto respeto que desde los comienzos del psicoanálisis se ha guardado por el encuadre, constituido por un conjunto de reglas, de mandamientos y de prohibiciones. Claro que se puede decir que se trata no de un puro sentimiento, sino del sentimiento que acompaña a un consenso técnico acerca de unas reglas basadas no en consideraciones emocionales sino en la racionalidad, pero, aunque esto sea así, pensamos que hay más que esto. Pensamos que los analistas, frente a la delicada cuestión del encuadre, siempre nos hemos sentido algo así como aprisionados y constreñidos por una tradición, como si nos sintiéramos contemplados y juzgados por centenares de anteriores analistas, muchos de ellos sobresalientes y admirables, que nos han precedido, de los cuales aspiramos a ser dignos sucesores y cuyo juicio, en forma del persecutorio superyo analítico, tememos. Creemos que, en gran parte debido a este carácter del encuadre tal como se nos lo ha enseñado, los psicoanalistas, en nuestra práctica clínica, nos sentimos representantes de una tradición a la que debemos ser fieles. Esto se observa en los trabajos y en los debates propios de las reuniones científicas, en los que cualquier intervención que parezca salirse un poco de los límites del encuadre va acompañada de excusas y justificaciones. Con relación a este extremado respeto afirma J. Greenberg, irónicamente (1996), que en cualquier reunión psicoanalítica en la que se presenta material clínico, parece, por las discusiones que se suscitan entre los asistentes, que lo más importante no es la posible mejoría del paciente, sino si el analista ha seguido escrupulosamente las reglas analíticas.

Creemos que la actitud que estamos comentando ha dificultado en gran manera el avance del psicoanálisis, puesto que aun cuando el encuadre no es todo el psicoanálisis sí que traza las líneas maestras del proceso. Por ejemplo, la imposición al paciente de la regla fundamental: “diga todo lo que le venga a la mente sin ocultar nada” - costumbre que va desapareciendo -supone, de entrada, la desaparición del diálogo porque la secuencia asociación-interpretación - asociación -interpretación, etc., no es un diálogo, ni de lejos, en el sentido humano de la palabra. El temor a ser tachado de no analista ha inhibido la creatividad de muchas de las grandes figuras de nuestra disciplina. Entre quienes se atrevieron a desafiar al superyo psicoanalítico, algunos quedaron, durante generaciones, por completo fuera de las enseñanzas impartidas en los Institutos de psicoanálisis, como fueron Ferenczi, por ejemplo, Karen Horney, Clara Thompson, Frieda Fromm-Reichmann, y J. Bowlby. Otros, como Balint, Winnicott y Kohut (en este momento preferimos referirnos tan sólo a analistas ya desaparecidos), tuvieron que dar muchas explicaciones para no sufrir esta

exclusión de la vida académica. Generalmente, la justificación habitual para escapar de las iras de los reacios a toda novedad ha sido la de que sus aportaciones iban dirigidas, únicamente, a aquellos pacientes juzgados como no analizables con la metodología clásica. Creemos que uno de los ejemplos más destacados en este sentido es el de Balint, tal como él mismo muestra en su trabajo de 1968 al hablar de “la técnica clásica y sus limitaciones”, trabajo en el que razona sus modificaciones con el fin de poder ayudar “a los pacientes no analizables”.

Cierto es, como hemos dicho antes, que las cosas han cambiado mucho desde que a finales de la pasada centuria surgió, con el ímpetu de un torrente desbordado, el psicoanálisis relacional, dado que su influencia se deja sentir en todos los ámbitos del pensamiento psicoanalítico. Pero tampoco puede decirse, como a menudo se hace frente a reflexiones como las que estamos llevando a cabo, que nos estamos dirigiendo a un muñeco de paja. Las actitudes conservadoras y puristas continúan existiendo- con todo su derecho, claro está- en amplios sectores de la comunidad psicoanalítica, y nosotros pensamos que, para beneficio del psicoanálisis y de los pacientes, conviene seguir reflexionando sobre ello, porque los autores innovadores continúan sintiendo la necesidad de excusarse. Por ejemplo, en un artículo de reciente aparición de R. Grossmark (2012), que sigue las huellas que marcó Balint en el trabajo de este último, *The Unobtrusive Analyst* (1968), y que a nosotros nos ha parecido excelente en todos los aspectos y aplicable a cualquier tipo de pacientes, el autor persiste en esta necesidad de fundamentar sus aportaciones con el sempiterno argumento de que van dirigidas a los pacientes demasiado graves para ser tratados con las normas clásicas, como también, a su manera, hizo Ferenczi, después Fairbairn, después Balint, después Kohut, etc. Pensamos que en este punto existe una confusión entre la gravedad del paciente y la posibilidad de que el impacto de la interacción analista - paciente alcance las estructuras más básicas y arcaicas de la mente del último, sea cual sea la gravedad, y nos sentimos convencidos de que el espíritu del encuadre que nosotros propugnamos es el mejor para todos los pacientes, graves o no graves, si se desea seguir el paradigma relacional. Más adelante volveremos a ello.

5.5. La negociación del encuadre y su progresiva construcción.

Nuestro pensamiento es el de que el encuadre en la práctica del psicoanálisis relacional ha de concordar con el espíritu que preside éste paradigma, sobre la base explícita, eso sí, de que uno es el que pide ayuda y otro el que va a darla. Pero, una vez establecido este pacto, la atmósfera reinante en las relaciones paciente- analista es la de no autoritarismo, no imposición, relaciones democráticas y respeto por las ideas, necesidades y sugerencias del

paciente tanto como por las del analista. Consecuentemente, nosotros nos inclinamos por un encuadre negociado que posteriormente se irá construyendo.

Sin embargo, una vez pronunciada o escrita esta palabra mágica de negociación, las cosas no son tan fáciles y surgen las dudas y las preguntas ¿Qué es lo que debe ser negociado al establecer el encuadre? ¿De qué manera ha de ser negociado? ¿Hasta qué límite ha de ser negociado? ¿Todo ha de ser negociado, no existe nada que sea innegociable? Pensamos que para responder adecuadamente a estas preguntas es preciso diferenciar entre dos cuestiones. Una se refiere a hechos concretos y a la otra a algo muy distinto, es la que se refiere al acento central y a las mil y una variables que intervienen en el intercambio entre paciente y analista, lo que podemos llamar el encuadre interno. Vamos a dedicar algunas reflexiones a cada una de estas dos cuestiones por separado, porque cada una exige una respuesta distinta.

La cuestión que se refiere a la negociación de hechos concretos es relativamente factible y creemos que muy necesaria. Pensamos que es muy difícil ayudar a nadie si, a la vez, se le fuerza a aceptar unas condiciones externas a las que no se siente dispuesto, bajo la premisa de “lo toma o lo deja”. Antes de llegar a ello el analista se lo ha de pensar muy seriamente, porque se expone a un grave peligro, el de que el paciente que ha aceptado, de mala gana, las condiciones, después le devuelva la jugada, explícitamente o implícitamente, con un algo así como: “bien, yo ya he aceptado sus pesadas y costosas exigencias, ahora le toca a vd. hacer que desaparezcan mis problemas, yo ya he cumplido...a ver como lo hace vd. ahora para que desaparezcan mis síntomas y problemas”. Pensamos que cuando se produce esta situación, situación que un analista con décadas de experiencia ha vivido en más de una ocasión en las supervisiones de jóvenes terapeutas, es imprescindible reconstruir el encuadre desde el principio, si es posible, o remitir el paciente a otro terapeuta

Un punto importante es el que concierne al uso del diván o el cara a cara. Aunque desde hace ya años ambos autores nos hemos inclinado por el cara a cara, ocasionalmente se han presentado algunos pacientes, seguramente debido a la difusión del diván psicoanalítico en la imaginaria popular, pidiendo, específicamente, poder emplear el diván, incluso en casos de problemas puntuales cuyo tratamiento distaba mucho de precisar un psicoanálisis propiamente dicho. En estos casos, es cuestión de cada terapeuta el proceder de la manera que le parezca más oportuno, pero creemos que no hay duda de que se plantea una negociación si el analista desea trabajar con el paradigma relacional al que hemos hecho referencia. Lo mismo en cuanto a la frecuencia de las sesiones, un asunto este siempre tan espinoso y delicado y en el que confluyen cuestiones teóricas, ideológicas y corporativistas sobre las que no correspondería entrar ahora en profundidad (Coderch, J., 2010) Nos limitaremos a transcribir las palabras de dos psicoanalistas germanos de reconocido prestigio

internacional, Helmut Thöma y Horst Kächele, tal como figuran en su monumental tratado *Teoría y Práctica del Psicoanálisis* (1989):

Hoy día parece algo decidido que la afirmación estándar- sólo 4 horas o más a la semana permiten el desarrollo de la neurosis de transferencia- representa un residuo de una concepción ideológica del psicoanálisis. En todas aquellas partes donde, por razones económicas reales, se ha debido reducir la frecuencia de horas semanales...se ha podido demostrar que la substancia del quehacer analítico no depende de este factor externo (vol.I, p.300).

Por otra parte, Joan ha podido mostrar las posibilidades de este quehacer analítico al que se refieren Thöma y Kächele, en pacientes tratados con una sesión semanal durante años (2014).

En nuestra opinión, un encuadre externo totalmente impuesto, por tanto como algo estándar igual para todos, sin que las demanda del futuro paciente ni sus puntos de vista cuenten para nada no enlazaría, en absoluto, con el espíritu del psicoanálisis relacional y no podría conducir más que a sometimiento, identificación con el analista, curas “como sí”, etc. No creemos que nadie que haya entendido lo que es el psicoanálisis relacional proceda de esta manera.

Por lo que respecta a la segunda cuestión, la que se centra en negociación del intercambio, dialógico y emocional, entre paciente y analista, la respuesta es la de que este encuadre interno no se concierta explícitamente desde un principio, sino que se construye progresivamente en el curso del análisis. Aquí, el asunto se presenta más complejo. Es cierto que en el concierto explícito que se instituye antes de principiar una terapéutica psicoanalítica, con frecuencia los analistas se refieren a algunos aspectos de la relación, como son el empleo del tuteo, o del vd., el estrechar, o no, la mano, su posible disponibilidad para recibir alguna llamada telefónica, posibilidades de un cambio de hora a petición del paciente, etc., y sabemos que las decisiones tomadas en este sentido son importantes en cuanto a lo que podemos llamar el encuadre interno, porque marcan el tipo de relación, algo así como los cauces y límites, estrechos e inflexibles o amplios y abiertos a la espontaneidad, entre los que ha de desplegarse tal intercambio. Sería fácil decir que el tipo de atmósfera y clima emocional, más o menos frío y cálido, cercano o distante, de acompañar y vivir con, o bien técnico y basado en la interpretación, etc., depende del analista y de sus teorías, pero esto no es exactamente así. Sabemos que entre paciente y analista se produce una ininterrumpida y mutua influencia, que la transferencia y la contratransferencia, sea cual sea el sentido con el que se emplean estos términos, son co-creadas y que ningún analista es totalmente igual con todos los pacientes, porque cada uno despierta en él diferentes

respuestas emocionales, o, podemos decir, diferentes estados de su *self*, algunos conscientes y otros disociados. Por tanto, es más justo decir que entre ambos crean un encuadre interno en cuyo marco transcurre esta interacción entre dos personas.

5.6. *La mutua regulación de los afectos y la creación de la intersubjetividad.*

Debemos advertir, ante todo, que en el estado actual de nuestros conocimientos, hablar de lo que sucede entre dos individualidades, paciente y analista, es una manera muy simple y lineal de hacerlo en aras de una mayor claridad, pero pensamos que es necesario profundizar algo más en ello para que se entienda mejor cuál es el espíritu que, según pensamos, le corresponde al encuadre en el psicoanálisis relacional. Ahora sabemos, de acuerdo con la teoría de la no linealidad (Thelen, E., y Smith, L., 1994) y la teoría de los sistemas intersubjetivos dinámicos y no lineales (Stolorow, R., 1997) que paciente y analista forman una *diáda interactiva*, un suprasistema formado por los sistemas que son analista y paciente (Beebe, B. y Lachmann, F., 1998, 2003; Coderch, J., 2014a). En esta diáda, de manera recíproca, los cambios en la *self*regulación de los afectos de cada componente modifican la *self*regulación de los afectos en el otro, lo cual provoca un cambio en la diáda que repercute en cada uno de sus componentes, en una sucesión ininterrumpida en virtud del principio de recursividad o *feed-back* interno- al que ya nos hemos referido en el apartado 2- que tiene lugar en todo sistema o supra-sistema dinámico, intersubjetivo y no lineal. A nuestro juicio, esto forma el núcleo o corazón del proceso psicoanalítico, y por ello pensamos que es conveniente decir algo más al respecto, cosa que precisaremos en dos puntos de gran importancia (Coderch, J., 2015).

Uno de ellos concierne a la mutua regulación de los afectos que acabamos de citar unas líneas más arriba. En el momento actual, investigadores como Gallese, Eagle, Migone, Emde, etc., juzgan que el sistema de neuronas en espejo (s.n.e.) forma la base de la creación del *self* en el recién nacido, de la empatía y del desarrollo del sentimiento social en los seres humanos. Veamos unas palabras de V. Gallese a este respecto (2009)

Este carácter relacional común está sustentado, a nivel cerebral, por redes neuronales espejo compartidas. Estos mecanismos neuronales compartidos posibilitan que tengan un carácter de fenómeno compartido acciones, emociones y sensaciones, los constituyentes originarios de nuestra vida social. De acuerdo con mi modelo, el nosotros y la subjetividad son el sustento ontológico de la condición humana, en la que la existencia es definida desde el origen por la reciprocidad (p. 50 de la versión castellana; el resaltado es nuestro).

En consecuencia, si aplicamos los conocimientos aportados por el s.n.e. al escenario

psicoanalítico queda enormemente reafirmado algo que ya muchos clínicos habían advertido: la realidad innegable de la influencia mutua analizado- analista, sean cuales sean las intenciones y fantasías que pueden albergar cada uno de ellos. Todo movimiento en el estado mental de cada uno de los componentes de la díada analítica, ya sea enunciado verbalmente en el contenido semántico de las palabras o en la prosodia del lenguaje, o subverbalmente a través de gestos y expresiones faciales, etc., da lugar a que en el cerebro del otro se activen las mismas redes neuronales, de manera que el analista, con la atención vuelta hacia sí mismo, puede percibir no tan sólo las emociones y pensamientos que, de alguna manera, le provocan sus redes neuronales activadas y equivalentes a las que lo están en el paciente, sino también los procesos somatosensoriales correspondientes a tales estados mentales, es decir, puede acompañar sensorialmente al paciente en las experiencias que está viviendo en la relación, gracias a lo cual podemos decir que este analista no únicamente comprende a su paciente sino que, además, lo *reconoce*, como la madre reconoce a su bebé (Coderch, J., 2015). Bien, pues lo que queremos decir es que el espíritu del encuadre en el psicoanálisis relacional se encuentra animado por la función de hacer posible esta reverberación del estado mental- emociones, sensaciones y pensamientos- en la mente y en las sensaciones corporales del analista, y lo mismo en el paciente con relación al analista. Pero hemos de decir, de inmediato, que nosotros no tenemos, ni deseamos tenerlas, normas para construir este tipo de encuadre, ni en lo externo ni en lo interno, porque esto sería contradictorio con la creatividad y la realidad de lo irrepetible de cada paciente, de cada analista y de cada díada analítica, dimensiones en las que debe regir el espíritu del encuadre propio del psicoanálisis relacional.

El otro punto es el que se refiere a la intersubjetividad. Recordemos, brevemente, que, desde el paradigma relacional, juzgamos que el reconocimiento del propio *self* se logra al pasar de la experiencia intrapsíquica del otro como un objeto omnipotentemente construido al servicio de las propias necesidades (dimensión intrapsíquica) al reconocimiento del otro como un *self* equivalente al propio pero distinto, con sus particulares necesidades y atribuciones y por el cual necesitamos ser reconocidos para sentirnos y reconocernos a nosotros mismos (dimensión interpersonal). Dicho de otra manera más breve, nos sentimos como sujetos cuando nos percibimos en la mente del otro. De aquí el contundente y decisivo axioma de Benjamin: *Donde estaba el objeto ha de estar el sujeto* (Benjamin, J., 1995). Aunque debemos advertir, sin embargo, que la plenitud del pensamiento y de la creatividad se obtienen a través del equilibrado balanceo entre una y otra dimensión. Pero esta necesidad de reconocer y ser reconocido no se agota nunca, persiste toda la vida y es una fuente de crecimiento personal. Veamos estas impresionantes palabras de F. Summers sobre esta cuestión (2013):

El desarrollo y la experiencia del self se hallan estrechamente vinculados al contacto y la subjetividad del otro visto como separado. El self ha nacido del mundo intersubjetivo y lleva la impronta de este mundo en las fibras de su ser. El contacto continuado con los otros es necesario para la nutrición y el sostenimiento del self (p.36).

Nosotros interpretamos estas palabras, que subscribimos plenamente, en el sentido de que la intersubjetividad es el alimento de la subjetividad (la experiencia subjetiva) y del *self*. La clínica- al igual que las investigaciones de las relaciones niño – padres- nos muestra que la profundización de la intersubjetividad con los otros, origen de la sociabilidad entre los humanos como hemos visto en las palabras de Gallese, estimula el crecimiento del *self* y la aparición de nuevos intereses, recursos y capacidades que antes no existían. Esto queda vinculado con lo que entendemos como los objetivos del psicoanálisis, ya señalados en el apartado 2, y que pueden resumirse diciendo que se trata de lograr que aparezca otro analizado distinto del que era antes. Esta situación nos lleva a la idea de que uno de los pilares fundamentales del proceso psicoanalítico es el continuo intercambio emocional y cognitivo entre analizado y analista, en una dialéctica incesante de aproximación y reconocimiento mutuo, con momentos de negación para, de nuevo, entrar en un esfuerzo de aproximación, por lo que reivindicamos que tenemos derecho a esperar que impregne el espíritu del encuadre todo aquello que facilite esta dinámica intersubjetiva. Siguiendo en esta línea, deberemos aspirar a un encuadre que estimule el diálogo abierto a todas las posibilidades, mucho más allá de las interpretaciones unipersonales formuladas por el analista. Ello implicaría, de manera equivalente, un analista no tan sólo liberado del temor a ser reconocido como persona, sino, antes al contrario, disponible para ser reconocido e interpretado por el paciente en sus emociones y en su manera de reconocerle a él, como forma de promover el crecimiento de ambos. Por tanto, lo más alejado posible del analista preocupado por guardar la fría “distancia analítica”, la imposible neutralidad y el fantasmagórico anonimato.

5.7. Acomodación o expansión del self.

Con lo hasta aquí expuesto podemos ver que, para nosotros, el psicoanálisis relacional, en su aplicación terapéutica, se encuentra dirigido a promover el crecimiento y desarrollo del *self* o de la subjetividad si queremos expresarlo así, de manera que aparezcan nuevas formas de *ser* y de *proceder* en el paciente (Summers, F., 2013, 2015). Y pensamos que este propósito abarca tanto la liberación de aquellos recursos y capacidades que han permanecido inhibidos por la presión negativa del contexto o contextos en los que ha vivido el paciente, como la creación de nuevas actitudes y disposiciones, resultantes de la

interacción de los dos componentes de la díada analítica.

Sabemos que gran número de las personas que acuden a buscar ayuda psicoanalítica han construido un sistema de *acomodación* desde su infancia para adaptarse a las demandas, exigencias e intolerancias de su entorno y evitar, así, el trauma de sentirse rechazados, no queridos, avergonzados, ignorados, etc. (Brandchaft, B., 1993, 2007; Brandchaft, R., Doctors, S. y Sorter, D., 2010, Coderch, J., 2014a). Y sabemos, también, que cuando estos sujetos inician un análisis, sucede a menudo que, pese a sus deseos conscientes de ser ayudados, el temor a ser de nuevo traumatizados da lugar a que su sistema de acomodación se ponga en marcha y, prerreflexivamente, apartan de su mente y de su comportamiento todo aquello que, por identificación de la situación analítica con su pasado, temen pueda dar lugar al rechazo por parte del analista. Creemos que, si este último no es plenamente consciente del riesgo de la acomodación por parte del paciente, casi fatalmente este sistema de protección se reproducirá, aunque no deseamos entrar ahora en consideraciones acerca del hecho de que determinados estilos de análisis son más proclives que otros a que esto tenga lugar. Sólo la cuidadosa reflexión del analista en torno a las respuestas que en el paciente provocan su comportamiento y sus intervenciones podrá evitar la reactivación del sistema de acomodación. Es sobradamente conocido que los pacientes “leen” las teorías en las que se apoya su analista y, al cabo de un tiempo, se ha creado un analizado que concuerda con ellas y con lo que podemos llamar la actitud de aquél en el trato. De nuevo, pensamos que es propio del psicoanálisis relacional el que la relación se desarrolla de tal manera que inspira al paciente el sentimiento de que él mismo está contribuyendo directamente a la construcción del encuadre. Es decir, para sintetizar el sentido que deseamos dar a este párrafo, el espíritu en el que se basa la construcción del encuadre es el de que no se trata del paciente y el encuadre, como dos entidades distintas, sino que de lo que se trata es de que el paciente se experimente a sí mismo como co-constructor del encuadre y formando parte intrínseca de él.

Digamos, como un breve *excursus*, que no pensamos que el psicoanalista relacional, puesto que también se apoya en sus teorías, pueda evitar que se cree un paciente *relacional*, pero aspiramos a que, si el análisis marcha razonablemente bien, con el paso del tiempo este paciente relacional que se va construyendo sea un paciente que no se acomoda ni se encuentra dominado por el temor a sentirse rechazado, solo, no comprendido, sino un paciente que ni se somete ni se encuentra en lucha constante con su analista, un paciente, en suma, que sean cuales sean su patología y sus dificultades en la vida real, en la situación analítica puede expresarse con espontaneidad y que dialogue libremente en lugar de limitarse a “asociar” para adaptarse a lo que supone son las teorías del analista.

Excursus aparte, pensamos que si lo que se pretende es favorece la creatividad y

despliegue de aquello que podría haber sido el paciente pero que todavía no es, lo idóneo dentro de los objetivos propios del psicoanálisis relacional será construir un encuadre que permita al paciente cobrar confianza y que, quizá por primera vez en su vida, se encuentre en una situación en la que sienta que puede entablar una relación interpersonal según sus deseos y necesidades emocionales, en un diálogo no constreñido por las exigencias del otro, por la presión del entorno o por el temor al rechazo o la amenaza. Por tanto, será congruente brindarle la oportunidad de que esto que llamamos encuadre, sea una construcción común, de la misma manera que, en la actualidad, cada vez más se admite que la transferencia y la contratransferencia son creadas, como lo es el campo intersubjetivo. Porque lo contrario, un encuadre interno con un analista que mantiene celosamente la reserva analítica, que busca el anonimato, que no muestra ninguna clase de respuestas emocionales y cuyas intervenciones se limitan a interpretaciones sería propicio para que, desde buen comienzo, se reactivara el sistema de acomodación y el horizonte de experiencias del paciente se redujera a aquello que no despierta en él ninguna necesidad de inhibir lo que siente que no será bien recibido.

5.8. El encuadre como estructura de acogida y de hospitalidad.

A) Las estructuras de acogida.

El antropólogo y filósofo L. Duch (2000) ha creado un nuevo concepto, el de *estructura de acogida*, que pensamos es extraordinariamente útil para nuestra forma de perfilar el encuadre en psicoanálisis relacional, tal como nosotros concebimos a este último. Hablaremos muy brevemente de ello para nuestros fines.

En la época actual el bebé, al nacer, llega con un cerebro con todos los atributos, fruto de una larga evolución de la especie, para crecer, desarrollarse y vivir como un ser humano. Pero en este momento, a diferencia de lo que sucede con otros mamíferos, se halla indefenso y totalmente desprotegido, hasta tal punto que moriría si no encontrara a su llegada una nueva matriz que substituye la matriz biológica y a la que es ajustado denominar *matriz relacional y socio/cultural* (A. Plaza y J. Coderch; comunicación personal) constituida centralmente por la pareja paterna y un entorno envolvente. En ella, el bebé recibe los estímulos y vive las experiencias necesarias para que su cerebro se configure como el propio del ser humano *sapiens-sapiens*, el cual, por cierto, existe desde hace tan sólo unos ciento cincuenta mil años (Tomasello, M., 1994, Hobson, P. 2004).

Pero posteriormente, una vez abandona esta matriz relacional y socio/cultural, el ser humano precisa de otras estructuras de acogida tales como escuela, ciudad o población en

la que reside, compañeros de su edad, enseñanza de tipo profesional e instituciones políticas, culturales, artísticas, lúdicas, deportivas, etc., que, progresivamente, van moldeándolo para que sea capaz de desempeñar adecuadamente, en el mundo de la vida, su oficio de ser hombre o de ser mujer, y, entre tales estructuras, juzgamos que la relación de pareja es la que más específicamente ejerce esta función de acogida y sostén emocional, unida al ejercicio de la sexualidad. Aunque hemos de advertir, desde la perspectiva de la no linealidad, que el sujeto no se relaciona ni recibe pasivamente las influencias de estas estructuras, sino que el mismo, en su interacción, co-crea y forma parte de estas estructuras. Pues bien, si hablamos de estructuras de acogida es porque juzgamos que el encuadre psicoanalítico forma parte de ellas y que puede proporcionar al paciente el sentimiento no sólo de ser benévolamente acogido, como a veces ha solido decirse, sino de que él mismo forma parte de estas estructuras, que ellas también se adaptan a sus necesidades y no que se le pide que sea sólo él quien debe esforzarse por adaptarse, tal como sucede en el encuadre tradicional.

La clínica muestra, sobradamente, que las personas que acuden en busca de ayuda no han gozado de un ambiente suficientemente acogedor y amable en su infancia y adolescencia, y que lo que demandan cuando su sufrimiento se torna insostenible es alguien que ponga remedio a su estado, y en la mente de estas personas figura, al pedir ayuda, la anticipación de que encontrarán en la persona a quien se dirigen una actitud, cuando menos, de escucha y comprensión. Y esta es la actitud y este es el espíritu con el que procede construir el encuadre dentro del psicoanálisis relacional.

B) El encuadre como hospitalidad.

Nosotros pensamos ¿Pero cómo podría concebirse que no sea hospitalaria la manera de recibir, de acoger y de alojar en el propio espacio cordial a quien acude al analista solicitando ayuda? Nos parece imprescindible detenernos un poco en este punto

Si hablamos de hospitalidad no podemos pasar por alto la influencia del pensamiento del filósofo Emmanuel Lévinas y el impacto que ha supuesto en la psicología de orientación dinámica, especialmente, en nuestra práctica profesional, cuestionando muchos de nuestros pensamientos y enriqueciendo otros muchos de nuestros planteamientos. Su metafísica consiste en que lo que nos puede dar la libertad es la apertura a lo desconocido, al otro, siguiendo la llamada de la ética (Lévinas, E. , 1977,1993).

En el campo del psicoanálisis, D. Orange nos parece la máxima representante del espíritu de hospitalidad ante el paciente. Esta autora (2010), en su deseo por profundizar en el concepto y el proceso de la *intersubjetividad*, recurre a la ética y al pensamiento de tres filósofos franceses, humanistas y espirituales, del siglo XX: Ricoeur, Derrida y, muy

especialmente, Lévinas. Se refiere, junto a otros autores, a Lévinas, cuya filosofía se caracteriza porque en ella *la ética es entendida como una radicalmente asimétrica relación de infinita responsabilidad por la otra persona* (p.79). Pone también de relieve que, para Lévinas, la respuesta ante la demanda del otro debe ser: *“Me voici” (heme aquí), yo soy verdaderamente el guardián de mi hermano y no tengo escapatoria* (p.81).

Orange, en su artículo titulado *Hospitalidad clínica: Acogiendo el Rostro del Otro Devastado* (2013), advierte que para Lévinas el otro tiene el derecho infinito sobre su protección y cuidado, y que por, lo tanto, se da lo que él llamaba una *curvatura del espacio intersubjetivo*, lo cual, para Orange, significa que la relación ética no es entre iguales, sino que es esencialmente asimétrica y, con relación a ello, cita unas palabras de Critchen (2002) en su estudio sobre Lévinas:

Dentro de esa relación, a medida que va teniendo lugar, en este mismo instante me estás colocando en una situación que te hace más que yo, más que mi igual (2002, p.14).

También destaca Orange que en la filosofía de Lévinas la responsabilidad hacia el otro trasciende por completo a su necesidad de confort. Frente a la actitud de tratar al otro como un objeto de estudio, Lévinas plantea el valor del rostro, el encuentro cara a cara, que va más allá de la idea que tenemos de él.

Orange plantea que algunos aspectos de la ética levinasiana pueden parecer extremados a los clínicos, sobre todo el concepto de substitución. En su libro *Thinking for Clinicians. Philosophical Resources for Contemporary Psychoanalysis and the Humanistic Psychotherapies* (2010) profundiza en tres conceptos, y propugna que los psicoterapeutas que siguen los pasos de Lévinas han de tener claro tres preceptos: “irreductibilidad”, “proximidad”, y “substitución”. El paciente que me demanda, no es una fachada *reductible* a un sistema nervioso o a un centro de control. La *proximidad* es la distancia en nuestra relación con el otro, pero el otro es cercano, porque no hay espacio para eludir nuestra obligación ética. Por *substitución* entiende la obligación de aceptar sufrir la suerte del otro, incluso arriesgando la vida para salvar al otro.

En su estudio sobre Lévinas (2010), Orange señala que el humanismo de Lévinas no es una teoría, ni una esencia ni un “decir”, sino que es la disponibilidad de los psicoanalistas y terapeutas que trabajamos fenomenológicamente, frente a nuestro prójimo devastado, para tomar nuestra vulnerabilidad y nuestro traumatismo como huéspedes en nuestro trabajo (p.97).

A través de su trabajo, Orange, nos muestra que Lévinas admite una limitación en su ética cuando en la relación con el otro se abre a una multiplicidad de personas: *entre dos, mi*

obligación es infinita con el otro, pero cuando somos tres, ya es legítimo que aparezcan los límites, acuerdos y leyes Piensa esta autora que en Derrida confluyen la idealidad de la ética de Lévinas, y la dosis de realismo, práctico y postmoderno, que es necesario aplicar a la norma para hacerla viable en el mundo de los humanos, y más particularmente en el de la psicoterapia. Orange (2013), critica esta contemporización como “ambigüedad de la hospitalidad”, pese a que a nosotros nosparecer una ética más correcta y cercana.

En consecuencia, en su estudio sobre la ética de Lévinas y de Derrida trasladada a la psicoterapia, Orange nos lleva a pensar en la disponibilidad winnicottiana del terapeuta, una forma de estar con el otro, donde el encuadre o marco analítico lo podríamos equiparar a la simbolización de la metáfora madre-hijo, condición necesaria para que se llenen esos vacíos de la historia del sujeto que quedaron a la espera de ser colmados. El espacio de la sesión da una segunda oportunidad para el desarrollo emocional dentro del proceso analítico, otorgando esta vez, el sostenimiento, “suficientemente bueno”, que el paciente no tuvo en su infancia.

Orange (2013) también equipara empatía con hospitalidad, entendiéndola no como la fusión, ponerse en la piel del otro, sino como la necesidad de separación del otro. Cree que es necesario crear un espacio para el paciente en el propio corazón de quien ofrece la hospitalidad, de forma que el otro devastado pueda tener una segunda oportunidad para el desarrollo. Pero también entiende que para los clínicos sea un tema inquietante, especialmente en cuanto al concepto de encuadre, dado que somos seres humanos limitados. Se refiere al caso de un paciente que protestaba argumentando que en la psicoterapia y el psicoanálisis todo estaba organizado para proteger al terapeuta, no por las necesidades del paciente. Antes de que pudiera aceptar un tratamiento más o menos convencional, Orange le atendió durante mucho tiempo paseando por la playa o sentados

Así, cada día analítica, y cada campo intersubjetivo, deben encontrar su propio proceso, y su propio encuadre, sus propias reglas organizativas, y sus propios límites, para que se vayan, poco a poco, ajustando a la sintonía de los dos, con el único objetivo de que el proceso terapéutico avance. Como nos señala Stolorow (2012) no habrá reglas válidas para todos los casos, ni pautas técnicas por defecto, pues cada encuentro entre paciente y analista será un campo intersubjetivo único, no proclive a la técnica, sino a la práctica creativa. Somos más partidarios de hablar del encuadre en términos de una actitud de estar con el otro que va cambiando en la medida que avanza la relación con el paciente.

Estas reflexiones sobre las ideas de hospitalidad de D. Orange aplicadas al encuadre nos han llevado, también, a pensar en el concepto de *surrender*, creado por E. Ghent en un trabajo en el que trata del masoquismo y la sumisión, (1900), porque creemos que ambos

conceptos, hospitalidad y *surrender* tiene un fuerte parentesco. De acuerdo con A. Liberman, (2014), hubiéramos preferido mantener el nombre inglés más que traducirlo como rendición, como se ha hecho en la versión castellana, debido a todas sus connotaciones negativas. Liberman entiende el concepto de *surrender* como una actitud de “entregarse”, “entrega”, “dejarse llevar”, “abandonarse”, términos que nos parecen muy adecuados. Este autor habla también, con relación a este concepto, de “una enorme sensibilidad, compromiso personal y vulnerabilidad (p. 97).

Ghent diferencia, muy tajantemente, el rendirse (*surrender*) del levantar bandera blanca, de la sumisión. El *surrender* de Ghent va más allá de los límites de la individualidad, es un acto trascendente, de manera que ni siquiera precisa siempre de este otro. Por esto dice que uno puede rendirse en “presencia de otro”, pero “no a otro”. Ghent describe varios matices y características que configuran este rendirse, de las cuales escogemos dos:

Su finalidad última es descubrir la propia identidad. Nuestro sentido del self, nuestro sentido de completud con otros seres vivos. Esto es distinto de la sumisión en la que sucede lo opuesto: uno siente su self como una marioneta en el poder del otro; el sentido del self se atrofia (p.70 de la versión castellana).

En la rendición hay ausencia de dominación y control, lo opuesto es cierto en la sumisión (p.70 de la versión castellana).

J. Benjamin (2004) también emplea el concepto de *surrender*, citando a Ghent, al hablar de la intersubjetividad y a la idea del tercero que conlleva. Pensamos que esta referencia se debe a que para el reconocimiento del otro y llegar a la plena intersubjetividad es necesario entregarse primeramente a él.

Nosotros creemos que en este “dejarse llevar”, “darse al otro”, “entregarse”, no hay una renuncia a la propia subjetividad, pero si una renuncia a imponerla al otro, un reconocimiento de la de este otro y un dejarse guiar, temporalmente, por ella, y creemos que esto concuerda con la intimidad, casi al borde de la *fusión de fronteras*, propia del espíritu del encuadre en el psicoanálisis relacional

6. El “Giro Expresivista” y el Movimiento Romántico.

A fin de hacer más comprensible el espíritu del encuadre tal como nosotros lo concebimos, creemos conveniente dar paso, ahora, a algunos comentarios referentes al movimiento socio/cultural en el que, aunque en otro tiempo histórico, hunde sus raíces el psicoanálisis relacional, y nos parece interesante hacerlo porque pensamos que es bueno y positivo para el psicoanálisis, incluso imprescindible para su supervivencia, no perder el contacto con las

palpitaciones del mundo que le rodea porque estas últimas, implícita y explícitamente, se expresan en todos y cada uno de los pacientes que acuden a los analistas.

El movimiento socio/cultural que hemos mencionamos es aquel al que el filósofo Charles Taylor ha llamado *El Giro Expresivista*, en su libro *Fuentes del Yo. La construcción de la Identidad Moderna* (1996); denominación que ha sido ampliamente aceptada por gran parte de pensadores y estudiosos de la cultura. El Giro Expresivista ha de entenderse como a una reacción contra la extrema idealización de la razón, contra el imperio del racionalismo en la cultura en todas sus dimensiones, en el arte- el llamado *neoclasicismo*- en la moral y en las formalistas costumbres y convenciones sociales con olvido y desprecio de las emociones, de la imaginación y de la fantasía que dominaba en la cultura y la sociedad europeas a partir del movimiento de la Ilustración, surgido en Francia a impulsos de los *enciclopedistas*, encabezados por Diderot y D'Alambert y que culminó en la revolución francesa, del *Enlightenment* inglés, y del racionalismo que resonó en Alemania con la enérgica admonición de E. Kant ¡*Sapere Audio!* (¡Atrévete a pensar!). Este movimiento cultural e intelectual europeo se inició a principios del siglo XVIII y se prolongó con toda su fuerza expansiva hasta mediados del siglo XIX (aunque este espacio de tiempo diverge mucho según los distintos autores). Es un asunto controvertido, de enorme calado y que exige grandes conocimientos, discutir hasta que punto en la postmodernidad pervive, enormemente deformada por la tecnología, la Ilustración (Horkheimer, M, y Adorno, T, 1947; Coderch, J., 2001; Bauman, Z., 2007).

Taylor describe el Giro Expresivista con estas palabras (1996):

Me refiero a las nociones que surgen con el Sturm und Drang alemán, y a partir de ahí se desarrollan a lo largo del período romántico inglés y alemán. Naturalmente, Rousseau es el punto de partida, y quizá la primera articulación importante se deba a la obra de Herder; en adelante será adoptada no sólo por los escritores románticos sino también por Goethe y, de otro modo, por Hegel, y se convierte en una de las vertientes constitutivas de la cultura moderna (p. 503 de la versión castellana; resaltado del autor).

Este movimiento es, en Europa, más conocido como *Romanticismo*, o *Movimiento Romántico*, y fue iniciado por Herder a partir de un viaje por mar que realizó en 1769 (Safranski, 2007). Taylor advierte que no deben identificarse totalmente Giro Expresivista y Romanticismo, como lo demuestra el hecho de las vinculaciones con el primero de Goethe y Hegel. Sin embargo, nosotros pensamos que, en lugar juzgar que son movimientos distintos pero de influencia mutua, es más acertado considerar que en el movimiento del Giro Expresivista existen una extrema izquierda representada por el Romanticismo y, a nivel personal, por autores como Schiller, Novalis, Hölderlin, Scheleirmacher, etc, en Alemania y

Rousseau en Francia, y una extrema derecha, menos revolucionaria, en la que, como figura luminosa, destaca la personalidad de Goethe quien, frente a los arrebatos de algunos exaltados románticos y de los excesos de los revolucionarios franceses exclama: *¡ Prefiero la injusticia al desorden!* Pensamos que resulta difícil, por ejemplo, no catalogar algunas obras de Goethe, como *Fausto*, o *Las Aventuras del Joven Werther*, como románticas, pese a su tendencia moralizadora y bien pensante. Puntos relevantes del Romanticismo son la revuelta contra el neoclasicismo en el arte- tan formalista, tan contenido, tan pudoroso en lo sexual, tan alejado de la pasión-, contra la opresión de las emociones por la razón, contra las convenciones sociales, contra las tradiciones y la fría armonía, por un lado, y, por el otro, la reivindicación de los derechos del individuo, de la imaginación, de las emociones, de la libertad de expresión, de la sexualidad y de la espontaneidad libre, creadora y apasionada, y también pertenece al Romanticismo la afirmación del amor a la naturaleza como fuente de vida con la que los seres humanos han de sentirse en comunión. Para los autores románticos la vida transcurría como un desbordado torrente, en una efervescente y crepitante inquietud, y ponían su fe en la voz interior de cada hombre para regir su propio destino. Pensamos que en esta ola expansiva a favor de las emociones y en contra del imperio absoluto del racionalismo, al psicoanálisis le aviene una posición intermedia entre los dos extremos del Giro Expresivista.

Como es bien sabido, la influencia del Giro Expresivista fue amplia en la política y las costumbres sociales, y, en su vertiente de Movimiento Romántico, tuvo una enorme repercusión en el arte, en la literatura y amor entre hombre y mujer (en aquellos tiempos la homosexualidad permanecía oculta) y, muy especialmente, en la elección de pareja. Hasta entonces no se concebía el matrimonio por amor y la elección de pareja era siempre transversal, es decir, entre personas pertenecientes al mismo estatus social y económico. El Movimiento Romántico rompió tabús y barreras y proclamó el derecho universal a la felicidad y a seguir los propios impulsos. La resonancia cultural de este Movimiento fue muy grande en Alemania y Francia, y más bien débil en España en líneas generales, pero muy florida en la literatura, la poesía y la dramaturgia (Zorrilla, Espronceda, Bécquer, el Duque de Rivas, etc.).

Tal vez el lector se está preguntando, sorprendido, a cuento de qué vienen todas estas disquisiciones, en un trabajo dedicado a reflexionar sobre el encuadre en psicoanálisis, acerca de la expresividad, el matrimonio, la transversalidad y el Romanticismo. Pero esperamos que lector lo comprenda cuando ahora le decimos que juzgamos que el psicoanálisis de Freud nació, con cierto retraso, también formando parte del Giro Expresivista, como una reacción a las rígidas normas sociales, la hipocresía moral y el rechazo de las pasiones en la Viena de Freud. Desafortunadamente, después de los primeros años de la nueva disciplina, años apasionados y rebeldes en su lucha contra la hipocresía y las

convenciones sociales, y cuya máxima manifestación se plasmó con la aparición de *Estudios Sobre la Histeria*, en colaboración con J. Breuer y la publicación de los Casos Clínicos (1895), se impuso, de nuevo, el modelo patriarcal y el frío racionalismo, esta vez bajo la pretensión de Freud y sus seguidores de convertir el psicoanálisis en una respetable y convencional ciencia natural admitida por toda la comunidad científica. Por cierto que Freud y sus primeros discípulos hablaban, en la intimidad, del “movimiento psicoanalítico”, lo cual creemos que no deja de ser un vestigio de su parentesco con el “Movimiento” Romántico.

Y también le decimos al lector, para ser mejor entendidos, que después de largas generaciones de psicoanálisis clásico basado en la creencia de que las perturbaciones psíquica son la mera expresión de pulsiones biológicas y que deben ser tratadas con una técnica igual para todos, creemos que el surgimiento del psicoanálisis relacional es similar a un nuevo pronunciamiento o renacimiento del Giro Expresivista, a veces muy en su versión romántica, con la reclamación de libertad, espontaneidad, respeto a la individualidad de cada paciente, y también de creatividad y de pasión por prestar ayuda, en oposición a la “distancia analítica y a la reserva frente al llamado despectivamente *furor curandis*, propias del psicoanálisis tradicional. A fin de cuentas, podemos ver que incluso los analistas más clásicos y apegados a la técnica, cuando inician un tratamiento psicoanalítico lo primero que le dicen al paciente es que se *expres*e libremente, que diga cuantos pensamientos y fantasías acudan a su mente, que rompa las barreras de las convenciones y prejuicios sociales, pensamos que como un auténtico e imborrable recuerdo de los orígenes del psicoanálisis, tímidamente escondido bajo la técnica. Lástima que después, traicionando lo que acaban de decir, tratan de domesticar esta expresividad con interpretaciones basadas en sus teorías.

Pero, afortunadamente, no somos los únicos en opinar acerca de lo que podemos llamar el *expresivismo –romanticismo* que se muestra sobradamente en gran parte del psicoanálisis relacional. Si bien nos fijamos ¿Qué es lo que distingue más al paradigma relacional del clásico sino el hecho de abandonar las pulsiones como el *Deus ex Machina* que lo mueve y lo explica todo, para pasar a ocuparnos de la emociones? Así, por ejemplo, F. Summers titula uno de los capítulos de su libro “*The Psychoanalytic Visión*” (2013), como “The romantic interpretation of psychoanalysis”, y sitúa a M. Eigen como uno de los representantes del romanticismo en psicoanálisis. Muy acertadamente a nuestro entender, porque basta con leer la ponencia de Eigen, presentada en las cuartas Jornadas de IRPP-España y primeras de Portugal (Cáceres 2014), “Lágrimas de dolor y belleza. Voces mezcladas”, para eliminar cualquier duda acerca de la adscripción de este autor al romanticismo en psicoanálisis. La misma actitud podemos ver en el propio Summers a través del libro citado. Y también en el trabajo en el que R. Stolorow (2012), además de insistir en este “pasar de las pulsiones a los afectos”, termina hablando de la necesidad del amor entre todos, como única tabla de

salvación para esta desorientada, perdida y doliente humanidad, en un brillante párrafo final que, para nosotros, es pura poesía.

Después de esta serie de reflexiones sobre las relaciones entre el psicoanálisis y el Giro Expresivista, deseamos hablar ahora, aunque sea brevemente, de la clase de psicoanálisis, dentro del paradigma relacional, para el que nosotros imaginamos el encuadre que hemos intentado perfilar. Pensamos que, con lo dicho hasta ahora, el lector ya ha podido formarse una idea de este estilo de psicoanálisis y de sus objetivos. Tal vez convenga, en este momento, añadir que nosotros buscamos (¿o deberíamos decir soñamos?) un análisis que estimule al paciente a *perseguir su propia realización de una forma ilimitada* y a buscar su identidad apasionadamente siguiendo una voz interior, la voz del propio *self* distinta a la voz de los otros, incluyendo la de su analista; un análisis que no se limite encontrar escondidos conflictos intrapsíquicos que deben ser resueltos mediante las interpretaciones del analista sino que, caso de hallarlos, sirva de ayuda al paciente para integrarlos y para convertir el sufrimiento en fuerza creadora (Atwood, G., y Stolorow, R., 1993), porque creemos que no hay creación sin sufrimiento, y esto lo muestra tanto la historia del psicoanálisis como la historia de la humanidad; un análisis que confíe en la propia fuerza transformadora del paciente siempre que el analista le acompañe en el despliegue de su mismidad en lugar de tratar de imponerle sus teorías (Grossmark, R., 2012); un análisis que ponga su énfasis en lo que es *nuevo* en la relación analítica presente, a la cual el pasado ayuda a comprender y elaborar (Mitchell, S., 1988); un análisis al que no se le pueda acusar, con razón, de preocuparse, únicamente, de convertir a los analizados en buenos y adaptados ciudadanos sin fuerza ni originalidad (¿o podríamos decir *normópatas?*), cuestión ésta especialmente grave cuando se trata de profesionales que han acudido al análisis aspirando convertirse en psicoanalistas ellos mismos, y un psicoanálisis, en fin, cuyo proceso fluya impulsado por un encuadre en el que la intersubjetividad paciente - analista sea un permanente venero e inexhausto manantial de experiencias terapéuticas para ambos protagonistas (Coderch, J., 2015).

Esperamos, en fin, que con estas últimas declaraciones en torno a la manera como nosotros concebimos el proceso psicoanalítico quede reflejado, con total claridad, el espíritu que pensamos ha de planear siempre en el encuadre en el psicoanálisis relacional. En realidad, pensamos que todo lo que hemos dicho hasta ahora puede resumirse en pocas palabras: *El reconocimiento del otro y el desarrollo del self son fenómenos interdependientes. La intersubjetividad, el reconocer al otro y sentirse reconocido por el otro, son el alimento del self. Por tanto, el espíritu del encuadre en el psicoanálisis relacional es el de estimular y favorecer la profundización de la intersubjetividad.*

7. Conclusiones. El Romanticismo como actitud del espíritu.

No nos cabe duda de que el Movimiento Romántico que se desplegó formando parte del Giró Expresivista se manifestó claramente en el nacimiento del psicoanálisis freudiano, y creemos, firmemente, que lo que podemos denominar *el Romanticismo como actitud del espíritu*, que es lo que queda del Romanticismo en nuestra época, ha jugado un papel importante en la aparición y despliegue del psicoanálisis relacional. Frente al racionalismo técnico del psicoanálisis clásico, centrado en las pulsiones biológicas como explicación de todo el acontecer psíquico, ha surgido, como hemos visto, la atención centrada en las emociones, la fantasía, la imaginación, el ensueño, la creatividad, la ambición por la individualidad y la propia autorrealización; dicho en una pocas palabras, frente al dominio tiránico de la razón, la vuelta a las pasiones. Una manifestación de este rescoldo del Romanticismo la podemos ver, como punto de comparación, en la revuelta estudiantil del “mayo del 68”, puesto que no podemos hallar nada más romántico que el lema de tal revuelta ¡*la imaginación al poder!*, aunque en este caso el Romanticismo se mezcló con la política, cuestión ésta que, frecuentemente, ha dirigido a esta última por sendas de gran peligro. El Romanticismo tiende demasiado a ser alborotado, radical, extraño al mundo y, en este caso, no busca el consenso ni el bienestar, va por su camino, a veces es contrario a la vida y busca el sufrimiento y hasta la muerte, la muerte heroica, la muerte romántica, que en España personifico el notable ensayista y escritor Mariano José de Larra al dispararse un tiro en la cabeza con un ejemplar de la novela de Goethe, *Las aventuras del Joven Werther*, en una mano y la pistola en la otra, frente al espejo. No fue el único caso. A partir de la novela de Goethe, una epidemia de suicidios románticos se extendió por Europa. El Romanticismo, sin desprecio ni menoscabo de la razón, es bueno para soñar, para escribir poesía y novela, para los actos heroicos, para la amistad íntima, para hacer el bien a los otros, para la compasión, para la solidaridad, para amar y para el psicoanálisis, pero no para la política ni, llevado a sus últimos extremos, para la vida.

Decimos todo esto porque lo que ahora deseamos señalar es que no queremos que se nos interprete como que nuestra posición es la de plantear una tendencia romántica fuera de límite e irracional en el psicoanálisis, cayendo en el otro extremo y olvidando la razón en favor de la pasión; no, no esto, la pasión, o el Romanticismo, también pueden desviarse y pervertirse, terminando en el delirio y la locura, como han sido, en los casos más dramáticos y sangrientos, el nacionalsocialismo o el fascismo (lo cual no quiere decir que Hitler y Mussolini fueran románticos, sino que se aprovecharon criminalmente de las ilusiones ingenuas y, a veces, disparatadas, del Romanticismo y de los románticos), al igual que, por otra parte, la Ilustración se desnaturalizó y nos ha llevado a la razón instrumental, en pos de

la superioridad de los seres humanos y del dominio sobre la Naturaleza, que está aniquilando el planeta tierra. De lo que se trata es de hallar un justo equilibrio entre razón y pasión, tanto en la cultura como en el psicoanálisis. El racionalismo extremo en psicoanálisis condujo a una metapsicología, basada en fuerzas biológicas, de la que está ausente lo psicológico, desacreditada hace ya muchas décadas, pero cuya lánguida pervivencia, debida a diversos factores, en los que no vamos ahora a entrar (Coderch, J. 2014b), ha presidido el progresivo declive del psicoanálisis en el seno de la cultura y la sociedad actuales. Y, a la vez, el predominio excesivo de la pasión, con olvido de la justa razón, nos llevaría a un psicoanálisis anárquico, fragmentado en múltiples escuelas carentes de verdadero significado, al “todo vale” y, finalmente, a su propia desaparición convertido en pura charlatanería. En síntesis, advertimos que no es el Romanticismo irracional, desbordado y desarbolado aquello en lo que ambos autores estamos interesados, sino que es lo romántico que impregna las más hondas raíces del giro relacional lo que, como reflexiva y elevada actitud del espíritu, puede fecundar y lanzar al psicoanálisis hacia los más altos vuelos.

Y, dicho todo esto, confiamos en que Ávila-Espada y el resto de los lectores habrán comprendido cual es el psicoanálisis con el que nos permitimos (en este momento, sí) soñar y, a la vez, nos perdonarán nuestro romántico atrevimiento.

REFERENCIAS

- Atwood, G. y Stolorow, R. (1993). *Faces in the Cloud: Intersubjectivity and Personality Theory*. Northwale, NJ: Aronson.
- Ávila Espada, A. (2001). Reglas, vectores y funciones del encuadre: su papel generador del proceso analítico. En *Intersubjetivo*, nº1, vol.3, pp: 29-42.
- Balint, E. (1968a). The classical technique and its limitations. En *The Basic Fault*, London: Tavistock, cap. 16.
- Balint, E. (1968b). The unobtrusive analyst. En *The Basic Fault*, cap. 18.
- Bauman, Z. (2010). *Vida de Consumo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Beebe, B. Y Lachmann, F. (1998). Co-constructing inner and relational processes: Self and mutual regulation in infant research and adult treatment. *Psychoanal.Psychol.*, 15: 480-516.
- Beebe, B. y Lachmann, F. (2003). The relational turn in psychoanalysis: a dyadic systems from infant research. *Contemp. Psychoanal.*, 39: 379-409.

- Benjamin, J. (1995). *Like Subjects, Love Subjects*. New Haven, CT: Yale Univ. Press.
- Benjamin, J. (2004). Beyond doer and done to. An intersubjective view of thirdness. *The Psychoanalytic Quarterly*, 73: 5-46.
- Boston Change Process Study Group (BSPSG) (1989). Non interpretative mechanisms in psychoanalytic therapy. *Int.J. Psychoanal.*, 83: 519-532.
- Brandchaft, B. (1993). To free the spirit from its cell. En *Progress in Self Psychology*, 9: 209-230.
- Brandchaft, B. (2007). Systems of pathological accommodation. *Psychoanal., Psychol.*, 24:667-687.
- Brandchaft, B., Doctors, S. y Sorter, D. (2010). *Toward an Emancipatory Psychoanalysis*. Nueva York: Roudledge.
- Casares, J. (1975). *Diccionario Ideológico de la Lengua Española*. Barcelona: Ed. Gustavo Gili.
- Coburn, W. (2014). *Psychoanalytic Complexity. Clinical Attitudes for Therapeutic Change*. Nueva York: Routledge.
- Coderch, J. (1987). *Teoría y Técnica de la Psicoterapia Psicoanalítica*. Barcelona: Herder.
- Coderch, J. (2001). *La Relación Paciente –Terapeuta*, Barcelona: Vidal i Barraquer-Paidós. Nueva edición, Barcelona: Herder.
- Coderch, J. (2006). *Pluralidad y Diálogo en Psicoanálisis*. Barcelona: Herder.
- Coderch, J. (2010). *La práctica de la Psicoterapia Relacional*. Madrid: Ágora Relacional.
- Coderch, J. y Codosero, A. (2012). *Realidad, Interacción y Cambio Psíquico*. Madrid: Ágora Relacional.
- Coderch, J. (2014b). Prólogo a *Psicopatología Psicoanalítica Relacional*, de Carlos Rodríguez Sutil. Madrid: Ágora Relacional.
- Coderch, J. (2015). Las experiencias terapéuticas en psicoanálisis desde la perspectiva de la teoría de la no linealidad. *Temas de Psicoanálisis*, nº 6.
- Coderch, J., Castaño, A., Codosero, A., Daurella, N. y Rodríguez Sutil, C. (2014a). *Avances en Psicoanálisis Relacional*. Madrid: Ágora Relacional.
- Critchley, S, (citado por D. Orange) (2002). Introduction. En S. Critchley & R. Bernasconi (Eds.). *The Cambridge Companion to Levinas*. Cambridge: Cambridge Univ. Press,

- Duch, L. (2000). *Llums i Ombres de la Ciutat*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- Eigen, M. (2015). Lágrimas de dolor y belleza. Voces Mezcladas. *Clínica e Investigación relacional*, vol. 8 (2): 329-345.
- Gallesse, V. (2009). Neuronas en espejo, simulación corporeizada y las bases neurales de la identificación social. *Clínica e Investigación Relacional*, vol. 5 (1): 34-59, 2011.
- Ghent, E. (1900). Masoquismo, sumisión, rendición. *Clínica e Investigación Relacional*, vol.8 (1): 67-93.
- R. Gossmarck (2012). The unobtrusive relational analyst. *Psychoanal. Dial.*, 22: 629-20.
- Greenberg, J. (1996). Psychoanalytic words and psychoanalytic facts. *Contemp. Psychoanal.*, 32: 25-41.
- Horkheimer, M. y Adorno, T.[1947]. *La Dialéctica de la Ilustración*, Madrid: Ed. Trotta, 2001.
- Hobson, P. (2004). *The Cradle of Thought*. Oxford: Oxford Univ. Press.
- Khun, T. (1962). *La Estructura de las Revoluciones Científicas*. México D.F.: Fondo de cultura económico, 1975.
- Lévinas (1977). *Totalidad e Infinito*. Salamanca: Sígueme.
- Lévinas, E. (1993). *El Tiempo y el Otro*. Barcelona: Paidós.
- Lieberman, A. (2014). Algunas notas sobre el concepto de *surrender*, *Clínica e Investigación Relacional*, vol.8 (1): 94-101.
- Loewald, H. (1960). On the therapeutic action of psychoanalysis, en *Papers of Psychoanalysis*, New Haven, CT: Yale univ.Press., pp: 256.
- Loewald, H. (1979).Reflections on the psychoanalytic process and its therapeutic potential, en *Papers of Psychoanalysis*, pp: 372-382.
- Mitchell, S (1988).*Relational Concepts in Psychoanalysis. An Integration*, Cambridge: Harvard. Univ. Press.
- Mitchell, S. (1993).*Hope and Dread in Psychoanalysis*, Nueva York: Basic Books.
- Orange, D. (2013a). Hospitalidad clínica: Acogiendo el rostro del otro devastado, rev. online *Clínica e Investigación Relacional*, vol.7 (1),pp:11-24.
- Orange, D. (2013b). *Thinking for Clinicians*. Nueva York: Routledge.
- Orange, D., Atwood, D. y Stolorow, R. (1997). *Trabajando Intersubjetivamente.*, Madrid:

Ágora Relacional, 2010).

Rodríguez Sutil, C. (2014). *Psicopatología Psicoanalítica Relacional. La Persona en Relación y sus Problemas* Madrid: Ágora relacional.

Safranski, R. (2007). *Romanticismo. Una Odisea del Espíritu Alemán*, Barcelona: Tusquets Editores.

Sandler, J. y Sandler, A.M. (1994). Theoretical and technical comments on regression and anti-regression, *Int.J. Psychoanal.* 75: 431-439.

Stolorow, R., (2012). De la mente al mundo, de la pulsión al afecto: Una perspectiva fenomenológico-contextual en psicoanálisis, rev. online *Clínica e Investigación Relacional*, vol.6 (3), pp: 381-395.

Summers, F. (2013). *The Psychoanalytic Vision*. Londres: Routledge.

Summers, F. (2015). Implicaciones clínicas desde la perspectiva fenomenológica en psicoanálisis En Rev. online *Clínica e Investigación Relacional*, vol.9 (1), pp: 33-82.

Taylor, C. [1996]. *Fuentes del Yo. La Construcción de la Identidad Moderna*, Barcelona: Paidós Ibérica, 2012.

The Oxford Spanish Dictionary (1994). Oxford: Oxford. Univ. Press.

Thelen, E. y Smith, L. (1994). *A Dynamic System Approach to Development of Cognition and Action*. Cambridge: The MIT Press.

Thöma, H. y Kächele, H. (1989). *Teoría y Práctica del Psicoanálisis*, Barcelona: Herder.

Tomasello, M.(1994). *The Cultural Origins of Human Condition*, Cambridge: Harvard. Univ. Press.

Original recibido con fecha: 1-5-2015 Revisado: 15-5-2015 Aceptado para publicación: 27-6-2015

NOTAS

¹ *Realidad, Interacción y Cambio Psíquico (2012), Avances en Psicoanálisis Relacional (2014).*